

JULIO BORRELL

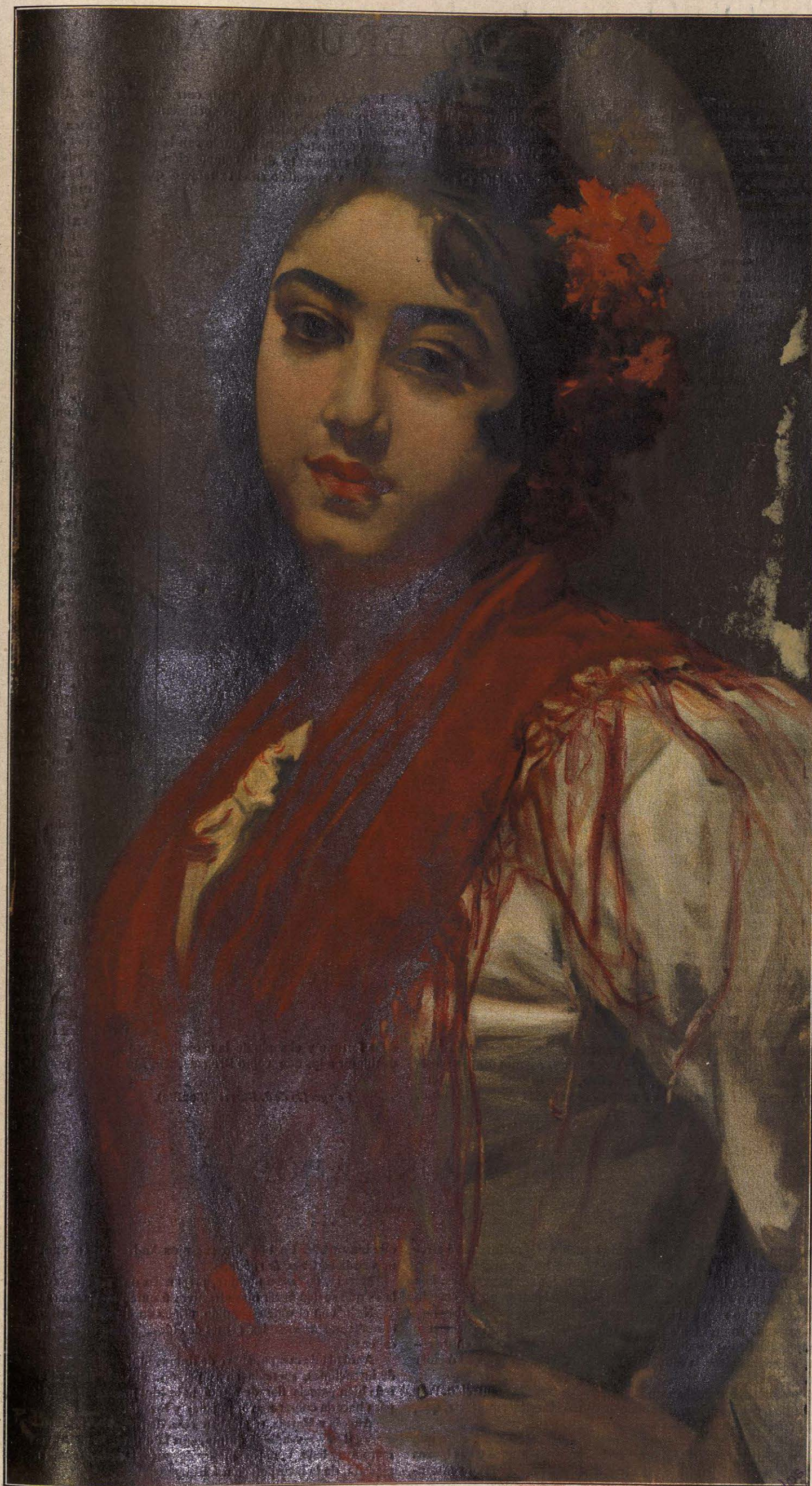


PARADA DE COCHES.

RAMÓN BORRELL



UNA ERA.



GITANA GRANADINA; por RICARDO BRUGADA.

Para pedidos dirigirse Ud. al
único Agente en Monterrey, N.
L., Federico de la Garza, "Libre-
ria Universal," Dr. Micr. 8.
17. Apartado Postal 242. Tel.

RICARDO BRUGADA

ENTRE los pintores modernos descuella Ricardo Brugada como figura eminente que honra al arte español. Por esto, nuestra publicación, después de haber dado á conocer bastantes trabajos suyos, se complace en dedicarle, hoy, un número especial en que se reproducen interesantes asuntos, debidos á su talento.

Sintió Brugada, desde sus mocedades, inclinación decidida al estudio y cultivo de las bellas artes, por lo cual sus adelantos fueron rápidos, demostrando que andaba por el verdadero camino, donde su temperamento y vocación, debían llevarle á una altura por extremo honrosa. Discípulo de la Academia de esta capital, y de su ilustre Director el maestro Caba, sus estudios superiores fueron un éxito y le señalaron como una esperanza. Pasó luego á Madrid, aprendiendo el clasicismo de los grandes maestros, y después, se dirigió á Italia, permaneciendo bastante tiempo en Roma, de cuyos primeros museos, (Borghese, Corsini y otros), sacó copias notabilísimas, remitiendo, además, algunos trabajos originales que fueron muy elogiados por la crítica. Estuvo finalmente en París, admirando y estudiando el arte moderno, y la gran genialidad de sus principales iniciadores, con lo cual acabó de formar su educación artística.

Como resultado de esa preparación, ha venido formándose una personalidad cuyos sobresalientes rasgos son la solidez del dibujo, la armonía de la composición y la brillantez del colorido. Es un pintor naturalista, poco sumiso á las trabas académicas; pero que jamás cayó en ciertas exageraciones modernistas; siempre atento á la reproducción de la belleza y repugnando, por consiguiente, las fealdades, y aún los simples efectos oscuros, sombríos y violentos, nunca podría ser un Zurbarán ni un Espagnolletto, ni siquiera un Greco en su época última. En cambio, por su color, por su desembarazo y amplitud en la factura, recuerda la manera de Rubens y de Fortuny. Sin amaneramientos ni efectismos cuida de dar interés á lo que representa y, en ocasiones, ostenta mucha sensibilidad, como en el gran cuadro, *Despedida*, que le conquistó honores de segunda medalla en la última Exposición de Bellas Artes de Madrid.



Brugada navega, pues, en la corriente del arte moderno, con la seriedad que lleva consigo el conocimiento y dominio del arte antiguo; sabe dar á sus pinturas el atractivo de la luz, brillantez y lozanía de los grandes coloristas, sosteniéndolo con la perfección del dibujo y muchas veces del argumento de la composición. A pesar de sus méritos, es más conocido y apreciado en el extranjero que en España; ha figurado en exposiciones de Munich, Berlín, Viena y París, obteniendo éxitos envidiables, en especial por sus cuadros *Viam veritatis* y *Fiesta en una venta*, adquirido éste á elevado precio por un norteamericano.

Aunque Brugada se dedica á pintar cuadros de género, tiene predilección por los asuntos andaluces, y por esto es Andalucía su residencia habitual. Hay en aquella tierra un ambiente general artístico, una distinción, que se presta á lo imaginario y á lo bello; no se ve allí naturaleza triste, mujer sin flor, ni ventana sin maceta; mucha exuberancia de luz y color; así la escuela sevillana es la más seductora por sus tonalidades y brillanteces; de allí hubo de salir Murillo; y Brugada que no se precia de Murillo, siente y traduce, en todos sus lienzos, como él, á la mujer andaluza, sea santa, sea gitana, sea obrera, campesina ó dama. Su obra *Despedida*, á que antes aludimos, es una colección de tipos sevillanos que embelesa, y particularmente la protagonista (la despedida), es por sí sola un cuadro que revela á un pintor de primera talla. También este trabajo, que en Barcelona pasó casi desapercibido, lo adquirió un distinguido aficionado norteamericano.

Muy difícil se va haciendo en España que los pintores prosperen según sus méritos; escasos son los Mecenas; reducida la cultura artística; decaída la riqueza pública; pero ¡singular fenómeno! no decae el afán de cultivar la pintura; son, cada día, en mayor número sus adeptos. Deseamos á todos los favores complaciéndonos en señalar y distinguir á los que, como Brugada, dan muestras de poseerla. ***

Fotografía de J. Barrera (Sevilla).

LOS FUSILADOS

(CUENTO ROMÁNTICO)

UNA gran pesadumbre llenaba todo el pueblo. La recluta iba á arrebatarle al mozo más garrido, al más prudente, al más jovial.

Andresillo había logrado identificarse con todos sus convecinos. Los hombres buscaban su compañía en las horas de labor penosa, cuando la faena del terruño reclamaba sus esfuerzos. Junto á él conllevaban mejor el cansancio. Andrés tenía siempre en sus labios una frase ocurrente que templara la fatiga; un dicho oportuno para distraerlos; un chiste espontáneo para amenizar la monótona tarea de remover el surco ó guiar el timón del arado.

Las hembras, proclamaban sin ningún rodeo aquella reputación. Para ellas, Andrés era gracioso, ó había conseguido caerles en gracia, que, según el refrán, vale más todavía.

A muchas chicas casaderas trajo el morito al retortero, y claro que tratándose de un menestral sin otros bienes que su sangre y sus brazos curtidors por la intemperie, no era ninguna de sus preferidas de entron-

que blasonado. En una fijó sus ojos Andresillo; en una, sin disputa la más codiciable: en la rubita.

Maruja, tal era su nombre, pregonaba uno de esos contrastes singulares que suelen hacer más atractivos á quienes los encarnan.

Nacida en el valle escondido, criada en el pueblo mísero, educada en el ambiente zafio de las gentes de aldea, poseía un alma llena de delicadezas.

Aniñada de cuerpo, suave de líneas, dulzona de palabra, metulosa de intenciones, no tenía en su persona un solo rasgo de mujer agreste: más bien parecía flor de estufa habilidosamente trasplantada al campo para hacerla cobrar mayor pujanza y lozanía.

Andrés y Maruja se amaban con delirio. En el pleno de sus castos amores les sorprendió la quinta, con la quinta, la mala suerte de un número muy bajo, y, pocos meses después, la orden seca, antipática, despiadada, de la incorporación á filas.

Y aquí de la pesadumbre que extendiase como un velo sombrío, como un nublado de granizo (el nublado que más tenían aquellos labradores de abolengo, sobre el pueblecillo acurrucado en la falda de una sierra gris, llena de altozanos blanquecinos, de picos y escarpaduras en donde entre copos de nieve hacia todos los años su nida el cierzo congelador.

Todo el pueblo acudió á despedir al recluta.

Andrés, huérfano desde niño, tuvo su hogar en el de los extraños.

Su buen carácter abrióle todas las puertas, su hombría de bien, le ganó todas las voluntades. Su familia era la de los demás y, por influjo de la simpatía, sin ser pariente de nadie, emparentó con cuantos le trataban.

No se iba solo el muchacho á servir al rey; se iba con él la alegría del lugar.

**

Mohino y angustiado caminaba Andresillo, restregándose los ojos con las mangas de su chaquetón, cuando llegó á un recodo del camino, tras del cual perdíase de vista el lugarejo.

El recluta se dejó caer en la hierba mustia de un ribazo y esperó, ocultando la cara entre las manos.

Por los dedos entreabiertos resbalaban gruesos lagrimones.

Así lo encontró la rubita.

—¡Andrés!

—¡Maruja!

Los jóvenes se estrecharon efusivamente, confundiendo sus miradas, y así permanecieron largo rato. En su mutuo abandono no había nada torpe; aquella caricia no la manchaba nada pecaminoso: lo que se unía eran sus almas.

Los dos quisieron hablar y á los dos les atragantó el pesar. Entonces se estrecharon más, hasta hacerse daño, hasta extrangular el suspiro que

presa. Al principio, la vida de cuartel le aturdió.

Despejado, decidido, nervioso, convirtiéndose de pronto en un verdadero autómatas, enmudeció casi, perdió su natural vehemencia.

Hacía las cosas por máquina; tenía siempre puesta la memoria en la

fundió en una sola, solemne, intangible, su mutua pena.

—¡Andrés!

—¡Maruja!

Lloraban como niños y un impulso irresistible juntó sus bocas en un beso largo, muy largo.

Andrés se desahó. Maruja quedó rígida, con los brazos caídos, con la vista baja, como una de esas figuras de la leyenda del dolor.

Cuando la joven alzó los ojos, Andrés, á bastante distancia, le daba un adiós postrero y corría á campo traviesa, como alma sin norte, con el moral y el peso de su amargura al hombro.

—¡Espérame! ¡Iré pronto!—gritó Maruja.

Su novio, mientras tanto, corría, corría, hurtando el cuerpo entre los matorrales, escabulléndose en la alameda, hasta perderse en el fondo del bosque como una leve sombra. Maruja tornó al pueblo con la espina de una angustia muy honda clavada en el corazón.

Ya no tenía suspiros ni lágrimas: ya no tenía sino una fe ciega en huir de allí; del poblado raquítico, herido entonces por la claridad del sol de invierno, de uno de esos soles que alumbran y no calientan, que hace más fulgurantes la crudeza de la atmósfera.

Alejado Andrés, ella, Maruja, era una extraña en la aldehuela.

El corazón la impulsaba hacia él, y á punto estuvo de no hacerle esperar. Un temor instintivo la detuvo y fortalecida en su intención emprendió el camino del pueblo.

**



ESTUDIO; por RICARDO BRUGADA.



FIN DE FIESTA — Cuadro de RICARDO BRUGADA.